

La actual coyuntura teórica¹

Michael Sprinker

A riesgo de caer en una simplificación vulgar, podría caracterizarse a la escena actual de los estudios literarios en Estados Unidos como dividida entre dos paradigmas en competencia, designados por los términos humanista/historicista y anti-humanista/anti-historicista. El primero continúa respaldando la visión tradicional de que los textos literarios son producto de la imaginación humana, que son en algún sentido exógenos a otras formas de actividad humana (la política o la ideología, por ejemplo) y que el significado especial de la literatura (y por supuesto, cualquier trabajo artístico) es su práctica discursiva unificada, armoniosa y totalizable, en la que las partes y el todo se reflejan entre ellas sin contradicción. El segundo, como lo denota la designación “anti”, niega más o menos sistemáticamente estas afirmaciones, concibiendo a los textos literarios como manifestaciones de creencias colectivas y prácticas de grupos sociales, por lo tanto implicados necesariamente en las condiciones sociales de su producción y recepción, y en consecuencia, incapaces de dominar los materiales contradictorios y en conflicto a partir de los cuales fueron construidos.

Una complicación potencial de este esquema radicaría en la aparentemente posición anómala de los llamados nuevos historicistas, quienes explícitamente le juran lealtad al anti-humanismo pero, como su nombre sugiere, continúan respaldando los principios historicistas para la interpretación y explicación de los textos literarios. No es éste el lugar para esbozar una genealogía detallada del término “historicismo” ni para hacer un repaso completo de los diversos protocolos metodológicos que dominan las prácticas interpretativas de aquellos que promueven el nuevo historicismo. Alcanza con decir que el concepto de historicismo acá invocado se ajusta a la crítica de Althusser en *Para leer El Capital*. El nuevo historicismo no es totalmente un historicismo, en tanto rechaza (aunque es una buena pregunta si adhiere a este programa en la práctica) los imperativos totalizadores y teleológicos del modelo hegeliano de ciencia histórica. Su coqueteo con cierta comprensión rankeana de la historicidad (*wie es eigentlich gewesen* [contar lo que realmente ocurrió]) no está desligado de su decidido rechazo de la teoría *tout court*.

Una forma de entender el debate humanismo/anti-humanismo en los estudios literarios contemporáneos es en términos políticos -es de hecho la manera predominante en la cual se ha hecho. En esta explicación, los humanistas son conservadores y de derecha, y los anti-humanistas son radicales y de izquierda. Hay algo de justicia en esta caracterización, en tanto William Bennett,

¹ “The Current Conjuncture in Theory”. *College English*. Vol. 54, N° 8, Diciembre de 1989, pp. 825-831. Traducción: Marcelo Starcenbaum.

E.D. Hirsch y *The New Criterion* caerían en el campo humanista, mientras Edward Said, Fredric Jameson y figuras análogas involucradas en revistas como *Representations*, *boundary 2*, *Diacritics* y *Social Text* se ubicarían en el segundo. Podría imaginarse, sin embargo, una forma diferente de concebir esta división, que tiene implicaciones políticas en la academia (sus efectos políticos globales -lo que la mayoría de los conciben la separación como política tienen en mente- son menos claros) pero que no es, en primera instancia, una demarcación política. La posición aquí defendida es que la división real entre humanistas y anti-humanistas es teórica y que la posición anti-humanista tiene dos avatares principales en la escena contemporánea: el marxismo y la deconstrucción. Se observa desde el principio que no todos los que declaran una afiliación a estos dos campos mantienen una fidelidad estricta con los programas teóricos que ellos denominan. Después de un cuarto de siglo del intento de Althusser por enterrarlos, aún siguen vigentes muchos marxistas humanistas (y en su mayoría atacando a Althusser, quien ha sido declarado oficialmente un “perro muerto” en Francia y, en gran medida, en Inglaterra). Del mismo modo, la cantidad de deconstruccionistas esteticistas es tan grande que uno está tentado a tomar sin ironía el chiste repetido por Derrida de que nadie dijo que la deconstrucción era posible.

Teniendo en mente el esbozo preliminar de los rasgos característicos del humanismo, permítaseme completar los detalles e indicar por qué debería relacionarse con el historicismo. Durante las primeras décadas de este siglo, cuando los departamentos de literatura tenían pocos años en Estados Unidos, explotó un debate entre los profesionales alineados con la tradición filológica y el modelo alemán de las *Geisteswissenschaften*, y un grupo de autoproclamados humanistas que insistían en el carácter no-científico de la literatura y los estudios literarios, defendiendo su valor ético y cultural a través de las famosas líneas propuestas por Matthew Arnold². De algún modo, las luchas contemporáneas en la crítica literaria recrean este escenario. Pero en otro modo, no lo hacen. A pesar de que los humanistas de aquella época diferían de los filólogos en términos del método, ambos compartían una convicción fundamental acerca del propio objeto, es decir, los textos literarios. Ninguno de los dos lados dudaba de que la literatura consistía en obras de arte verbales ni que el primer impulso en su lectura e interpretación debía ser el de resolver las ambigüedades o aparentes contradicciones en el significado que los textos manifestaron en la primera indagación. Cualquier duda sobre esto puede ser rápidamente disipada comparando los estudios textuales sobre Shakespeare con, digamos, las interpretaciones de obras de A.C. Bradley o T.S. Eliot.

Lo distintivo en la oposición actual entre los humanistas y sus otros es que estos últimos, en la medida en que permanecen fieles al itinerario de su propio programa, han renunciado a la noción de una armonización estética de las contradicciones textuales. El movimiento básico de la deconstrucción resulta hoy

² Ver Graff, Gerald. *Professing Literature*. Chicago, University of Chicago Press, 1987.

tan familiar que casi no tiene sentido repetirlo. Lo haré, de todos modos. Aceptando la validez general de las lecturas canónicas de un texto, es decir, concediendo que lo que todos han reconocido allí de hecho está allí, la deconstrucción procede descubriendo otra línea de interpretación, que compite con ellas, y que no sólo coexiste con las lecturas convencionales, sino que las contradice y las cancela. Como señaló hiperbólicamente Paul de Man a propósito de la línea final de “Ante los ojos de los niños del colegio” de Yeats: “Las dos lecturas han de entablar una confrontación directa entre sí, dado que una es precisamente el error denunciado por la otra y tiene que ser desmantelado por ella”³.

Un *modus operandi* similar se obtiene del marxismo, a pesar de que su mecanismo causal está, en primera instancia, construido de manera distinta. Mientras que para la deconstrucción la razón por la cual los textos literarios exhiben contradicciones estructurales tiene que ver con la naturaleza del lenguaje, para el marxismo (aunque lo que la deconstrucción afirma sobre el lenguaje puede ser el caso) el propio lenguaje es un fenómeno de segundo orden, subsumido bajo la categoría más general de ideología. La deconstrucción y el marxismo coinciden en la creencia de que los textos son el producto de prácticas discursivas conflictivas que ejercen fuerza de una manera que los autores son incapaces de dominar o controlar. Este es el punto que los humanistas niegan vehementemente. Según ellos, los textos expresan intenciones, son de autoría individual y, por lo tanto, susceptibles de control consciente. Quizás la declaración más famosa de esta posición se encuentre en *Validity in Interpretation* de E.D. Hirsch, pero ésta impregna el discurso de la crítica literaria desde los Nuevos Críticos y la Escuela de Chicago hasta M.H. Abrams y Murray Krieger. Incluso puede encontrarse una sobrevida espectral en los escritos de Stanley Fish y no es totalmente ajeno a los acólitos de Mijail Bajtin.

Lo que está en juego en el debate entre humanismo y anti-humanismo no es sólo el status de la literatura sino un conjunto de implicaciones éticas y políticas sobre el yo y lo que significa ser humano. Las apuestas teóricas en la crítica literaria contemporánea son bastante altas, aunque afortunadamente sus consecuencias inmediatas de su práctica se mantienen alejadas de las formas más apremiantes de la vida política visible en el mundo. Si la crítica literaria no tuviera consecuencias, uno podría estar seguro de que la reciente *cause célèbre* de los escritos de la guerra de Paul de Man difícilmente se habría debatido tan calurosamente en la prensa popular tanto en Estados Unidos como en Alemania (en Inglaterra el episodio estuvo confinado a las páginas de *London Review of Books* y *Times Literary Supplement*, y *The Guardian* apenas ingresó en la polémica). Pero sería un error sobrevalorar la posición de la literatura y la crítica en la sociedad americana y afirmar, en efecto, que las luchas culturales están en la vanguardia de la historia. Puede discernirse esta tendencia en algunos momentos de los escritos

³ *Alegorías de la lectura*. Barcelona, Lumen, 1990, p. 25.

de madurez de de Man (por no mencionar los textos periodísticos tempranos sobre los que se ha dicho tanto) pero está presente aún más entre los marxistas, como cierto tono utópico en Fredric Jameson o más recientemente en la admirable teorización materialista de la cultura en el capitalismo tardío propuesta por John Brenkman en su *Culture and Domination*. Uno sospecha que estos últimos reproducen, más o menos conscientemente, la posición de la Escuela de Frankfurt tardía, en la cual la autonomía de la práctica estética desde la degradación de la sociedad contemporánea condujo a la fundación de la teoría social crítica y la hipostatización de una conciencia futura emancipada. Para Adorno, por ejemplo, el único refugio de las vicisitudes de la razón instrumental descansa en el arte modernista. El marxismo contemporáneo rompió en gran medida con la arbitrariedad de Adorno, descubriendo (siguiendo a Ernst Bloch) elementos utópicos en toda forma de cultura popular, aunque mayormente no intentó escapar al legado de la teoría estética burguesa que proporciona las bases para el horizonte de esperanza limitado de Adorno. No sería exagerado decir que la mayor parte de la teoría cultural marxista contemporánea se mantiene dentro del dominio del programa de educación estética de Schiller y, por lo tanto, no es lo rigurosamente materialista que debería ser.

En este punto, deberíamos volver al esquema presentado anteriormente, cuando afirmamos que el campo anti-humanista en la crítica contemporánea tiene dos opciones teóricas principales: el marxismo y la deconstrucción. No debería sorprender que lo que hemos estado diciendo acerca de mucha crítica marxista reciente ataña nada menos que al humanismo. Esto fue sugerido anteriormente pero debe ser aclarado apelando a una tradición marxista diferente, auténticamente materialista. Me refiero al llamado “marxismo estructural” elaborado por Althusser y sus estudiantes (aunque siempre dijeron, correctamente, que lo fundamental de su programa proviene directamente de los propios textos de Marx). Entre los pronunciamientos más famosos de Althusser, se encuentra su afirmación de que el marxismo, lejos de ser principalmente una ideología de liberación, es en primera instancia un “anti-humanismo teórico”. El verdadero logro de Marx no fue, según Althusser, la fundación de una filosofía de la praxis, menos aún la propuesta de una concepción antropológica del trabajo humano -a pesar de que reconoce, como no podría hacer de otro modo, que estos elementos son parte de la obra de Marx, especialmente en aquellos textos previos al primer volumen de *El Capital*. El rasgo distintivo de Marx fue haber entendido que los seres humanos no son actores históricos auto-motivados y voluntarios, sino que son lo que Althusser llama “portadores de estructuras”.

¿Qué consecuencias para la crítica literaria podemos extraer de las innovaciones de Althusser en la teoría marxista? No voy a repetir los argumentos presentados en otro lado contra las críticas corrientes a la estética althusseriana que la acusan de reproducir el idealismo de las concepciones burguesas del arte⁴.

⁴ Ver Sprinker, Michael. *Imaginary Relations*. Londres, Verso, 1987, p. 10.

Esta afirmación no se justifica en la evidencia y no debemos detenernos en ella. En lo que debemos insistir es en que como teorías de estructuración del discurso literario (y otros), no hay demasiado para elegir entre los supuestos que guían a la deconstrucción y los lineamientos de la crítica literaria althusseriana. Ambos insisten, y aquí nuevamente es lo que los separa de toda forma de humanismo, en un concepto del texto como espacio ideológico o discursivo contradictorio y en conflicto. Los dos afirman que las contradicciones que habitan el texto están, en un sentido fuerte, más allá del control del autor. Un pasaje famoso de Derrida ilustra acertadamente la afirmación de que en su compromiso programático con la problemática anti-humanista, la deconstrucción es, en términos generales”, equivalente al materialismo histórico:

el escritor escribe en una lengua y en una lógica cuyo sistema, leyes y vida propios, por definición, no puede dominar absolutamente su discurso. No se sirve de aquellas más que para dejarse, en cierta manera y hasta cierto punto, gobernar por el sistema. Y la lectura siempre debe apuntar a una cierta relación, no percibida por el escritor, entre lo que él impone y lo que no impone de los esquemas de la lengua de que hace uso⁵

Uso a propósito “en términos generales” para caracterizar la compatibilidad entre la deconstrucción y cierto marxismo. Hay un espacio significativo de desacuerdo entre la teoría althusseriana y la deconstrucción que atañe a la cuestión problemática de la relación entre la ciencia y la ideología. Alguna vez dijo Derrida sobre la particularidad de su procedimiento de deconstrucción de la tradición metafísica occidental: “me preguntaba a dónde iré.. estoy tratando, precisamente, de ponerme en un punto para que ya no sepa hacia dónde voy”. Esta confesión, por demás atractiva, puede ser tomada como la señal de las limitaciones metodológicas de la deconstrucción, ya que da cuenta precisamente de la falta de voluntad de Derrida de demarcar la posición desde la cual él mismo habla. La misma reticencia o prudencia -aunque aquí se trata de una evasión- puede encontrarse en la obra madura de Paul de Man. Podríamos aplicarle todo lo dicho por Derrida en el pasaje citado, cuyo contexto inmediato es la obra de Rousseau, a sus propios escritos, pero entonces nos veríamos obligados a preguntarle cómo llegó al nivel de lucidez que manifiesta en relación a los textos de Rousseau, cuando todos antes que él, incluso el propio Rousseau, permanecieron ciegos y desconcertados sobre sus verdaderas estructuras y efectos. Para decirlo de algún modo, si todos han sido tan tontos acerca de Rousseau, ¿cómo llegó Derrida a ser tan inteligente?

Cuando es presionado, Derrida no tiene, a mi entender, una respuesta satisfactoria para esta pregunta. En el mejor de los casos, puede apelar a un argumento empirista que, por otra parte, no está ausente en el pasaje de *De la gramatología* citado anteriormente. Debemos insistir que a pesar de todo lo que puede decirse de Althusser, es imposible acusarlo de cualquier residuo de

⁵ *De la gramatología*. México D.F., Siglo XXI, 1971, p. 202.

epistemología empirista. Es más, mientras Derrida se encuentra sistemáticamente bloqueado sobre el problema de dónde viene su (o cualquier) conocimiento, Althusser no tiene ninguna dificultad para dar cuenta de sus afirmaciones y los fundamentos de su superioridad frente a otras. Esto se debe a que Althusser tiene aquello de lo que carece la deconstrucción: una distinción clara entre el discurso científico (o teórico) y el discurso ideológico.

No puedo profundizar aquí la compleja justificación que ofrece Althusser para esta distinción fundamental entre ideología y ciencia, pero su discusión puede ser fácilmente traducida en los términos del debate entre realismo y convencionalismo en la filosofía de la ciencia anglo-estadounidense contemporánea. Todos aquellos que mantienen uno u otra variante del convencionalismo (Kuhn, Toulmin, Rorty, Feyerabend -todos los que descienden en última instancia del último Wittgenstein) se enfrentan a la consecuencia desconcertante de que cada teoría científica no puede hablarle a otra, en cuyo caso los argumentos y debates racionales carecen de sentido, o requieren la creación *ex nihilo* de un conjunto de objetos totalmente nuevo y esencialmente exhaustivo.

Roy Bhaskar se ha referido de manera concisa a las consecuencias del convencionalismo:

Estas teorías plantean la ‘inconmensurabilidad’ o la ‘pérdida de Kuhn’. Ahora, es precisamente una condición de la inteligibilidad de la inconmensurabilidad (no-inter-traducibilidad de los términos de las teorías rivales) que exista un campo de objetos reales con respecto al cual las teorías *rivales* sean inconmensurables (como he dicho en otro lado, nadie se molesta en decir que las reglas del cricket y el fútbol son inconmensurables). En la ‘pérdida de Kuhn’, si es total, no hay objetos en común... Pero ahora no se le puede otorgar ningún sentido al concepto de ‘cambio científico (y crítica)’. La pérdida total de Kuhn no implica una transformación ni una inteligencia discursiva, sino una comprensión arquetípica e intuitiva que construye su mundo en un sólo acto sintético - una posibilidad a la que significativamente se resistió Feyerabend (aunque no Stanley Fish)⁶

El repaso convencionalista por la historia y la filosofía de la ciencia es incoherente, así como el rechazo a demarcar una práctica científica de su problemática ideológica renuncia a la posibilidad de discriminar entre buenas y malas explicaciones. Este último es una versión (apenas) más sofisticada de las respuestas frecuentes de los estudiantes frente a la crítica: “Bueno, es tu opinión, que es distinta a la mía”. Aún los pedagogos más permisivos tienden a buscar los medios (racionales) para salir de este embrollo. Como dijeron alguna vez los Buffalo Springfield, “nadie tiene razón si todos están equivocados”.

⁶ *A Realist Theory of Science*. Sussex, Harvester, 1978, p. 258.

Dicho ésto, debemos agregar que aquellos que potencialmente estarían equivocados o en lo correcto no son individuos o sujetos ni en el sentido convencional ni en el althusseriano. Althusser afirma que la distinción entre el discurso científico y el ideológico radica en que el primero es precisamente “sin sujeto”. Para ser totalmente riguroso, la teoría althusseriana debe ser separada de la persona histórica Louis Althusser, quien ha escrito y pronunciado un conjunto de afirmaciones no-científicas -de hecho, si creemos en sus obras posteriores, casi todos sus escritos fracasan en la prueba de cientificidad que le exigen al discurso teórico. Con algunas excepciones, sus escritos no son ciencia en el sentido estricto, sino más bien aquella práctica discursiva que se encuentra más alineada con la política y la ideología de lo que podría estar la ciencia si de lo que se trata es de producir conocimiento del mundo. Como él mismo reconoce, los escritos de Althusser no son ciencia sino filosofía, pero esto no quiere decir que no tengan relación con la ciencia.

Volvamos al problema de la crítica literaria, que parece haber quedado lejos en nuestra ensoñación epistemológica sobre el esplendor de la teoría althusseriana. La crítica literaria como disciplina que produce conocimiento de su objeto (textos literarios) sólo es posible a condición de poseer un concepto riguroso de dicho objeto, es decir, de la causalidad última del objeto. La consigna popular que ubica a la literatura en el lenguaje no está tan equivocada -¿quién podría negar que los textos literarios están hechos de lenguaje?- como insuficientemente especificada. En los escritos de quienes abrazan esta concepción, no está claro qué es el lenguaje y de dónde viene. No seré el más adecuado para esta tarea pero finalizaré con una hipótesis que puede ser comprobada en el estudio empírico de los textos.

Mi hipótesis, derivada de los principios básicos del materialismo histórico, es que el lenguaje es, en sus dimensiones semánticas, un sistema de representación y realización de la ideología. Si este es el caso, los textos literarios son en primera instancia producciones de la ideología, y por lo tanto, el estudio de la literatura es sobre todo una indagación en los mecanismos de la producción ideológicas en las diversas sociedades históricas. Es realmente placentero y reconfortante el hecho de que Paul de Man haya arribado a esta conclusión al final de su vida. El campo actual de los estudios literarios puede ser mapeado productivamente, no mediante las coordenadas políticas de derecha e izquierda, sino en términos de la distinción teórica entre ciencia e ideología. Agreguemos, para finalizar, que si bien es posible imitar al personaje Jourdain de Molière y hacer ciencia toda la vida sin saberlo, en una indagación racional (como en un viaje entre dos puntos) es preferible saber adónde se está yendo y cómo llegar allí.